

Para ir de Ilo a Tacna había dos caminos: el uno por ferrocarril hasta Hospicio, línea muy deficiente por su escasísimo equipo, y de Hospicio adelante por los arenales, cruzando las aldeas de Sitana, de Locumba y de Sama. Había otra senda denominada "de la costa" que partía de Ilo, y seguía cerca del mar hasta medio camino de Locumba, de donde se inclinaba a este lugar pasando por Sitana en que se reunía con el de Hospicio. Ambos eran igualmente inclementes, por su desamparo, por la pesadez de la arena; con igual calor en el día e igual frío en la noche. Había un tercer camino mixto, mitad de mar, el resto de tierra. Era embarcarse en Ilo y bajar en Ite. La distancia de aquí al valle de Sama alcanzaba a nueve leguas peruanas, o sea a la mitad menos que por las otras vías mencionadas. Pero éste no era conocido al principio de la movilización. Cada uno tenía ventajas e inconvenientes. Los caminos interiores eran largos; el de la costa más corto, pero en cambio el puerto de Ite tenía un desembarcadero peligroso, y luego después orillaba a la playa una alta meseta en plano inclinado donde era muy difícil subir el bagaje; mucho más la artillería, porque no habían mulas capaces de resistir a la fatigosa ascensión de las piezas por la arena.

Se sabe ya que al bajar en Ilo el ejército expedicionario tenía 500 mulas. El que comprenda las dificultades de la provisión en el desierto se explicará por qué no se llevaron más. Mulas sobrantes significaba mayor cantidad de agua, mayores embarques de forrajes, mayor gasto, circunstancias todas que el Gobierno atendía mucho, tanto para simplificar la movilización como para dar el empleo más metódico y provechoso posible a los recursos del Estado.

Sotomayor calculó que necesitaba setecientas mulas más y las pidió de

urgencia. Aquí empezaron los afanes para reunir las, mansas, sanas en aptitud de prestar servicios inmediatamente; empresa a que se consagró el Gobierno como a una gran cuestión de Estado, y en efecto lo era. Pinto, Gandarillas, Dávila Larraín, Lynch, se ocuparon de buscarlas estimulados por Sotomayor que los apuraba, porque de ello pendía el principio de la gran campaña.

Lynch adquirió en Iquique 150; el resto se encontraron en el sur. Las mulas se enviaban a Iquique en los buques de la compañía inglesa del Pacífico a razón de 140 por semana, porque los vapores no tenían capacidad para más y se dejaban ahí. La neutralidad los obligaba a no tocar en Ilo. Después se las embarcaban en los transportes del Estado con gran dificultad, lo cual imponía la necesidad de sustraerlos de otros servicios igualmente importantes, como era proporcionar carbón a los bloqueadores de Arica, de Mollendo y del Callao, etc.

Otra gran preocupación de ese momento fué adquirir caballos apropiados para el servicio del ejército. Sotomayor los pedía con apuro compartiendo el anhelo del Presidente que asignaba a la caballería un papel más preponderante que el que pudo desempeñar. Vergara apremiaba por que se le enviaran cuanto antes para desarrollar el plan en que estaba empeñado su anhelo exigente de acción. A mediados de marzo esperaban en Valparaíso, listos para ser embarcados, 700 caballos que eran el fruto del empeño perseverante de Pinto y del trabajo asiduo del Intendente de ejército Dávila Larraín. Y así como mulas y caballos se adquirían bueyes y una reserva de 300 en exceso sobre el cálculo de consumo para acompañar en pie la expedición (8).

Dotación del Ejército para marchar a Ilo

Este era el segundo esfuerzo gubernamental exigido por la campaña. El primero había sido dotar el ejército expedicionario para que pudiera trasladarse a Ilo y ejecutar el plan según las ideas convenidas hasta entonces. No extrañe el lector que en cada gran movimiento del ejército trate de dar a conocer estos preparativos que exigían un trabajo asiduo y opaco, pero sumamente útil. Esta historia sería una relación incompleta, desprovista de todo lo que constituye su verdadera grandeza, si no tomara en cuenta esta preparación silenciosa a que se consagró completamente el Gobierno. La labor de Santiago y de Valparaíso era la victoria ganada metódicamente sobre el desierto y quizás la más difícil, porque si sobran brazos y corazones para luchar en los campos de batalla, no sucedía lo mismo con los elementos que había que fabricar de apuro, vigilando la mesa de trabajo con la angustia del que observa la tabla operatoria en que se decide la vida o la muerte del enfermo. La guerra del Pacífico no será bien apreciada sino cuando un hombre de estudio investigue pacientemente la documentación de la Intendencia General y de la dirección de bagajes y

- (8) Pinto, consagrado a la preparación de la marcha, trabajó con el mayor empeño en atender los pedidos de Sotomayor. Su correspondencia deja constancia de este vivo anhelo. Entresaco de ella algunas comprobaciones de esto. "Marzo 1º. Pinto a Dávila. Necesitamos enviar caballos a toda costa. Con las excursiones que debe hacer nuestra caballería temo que los caballos se inutilicen y que el día de la batalla nuestra tropa se encuentre mal montada". "Marzo 2. Id. a id. Es preciso activar la compra de caballos, pues encontrándose en campaña el ejército, la caballada se inutiliza rápidamente y es preciso reponerla. Convendría también que Ud. tome sus medidas para que los caballos se encuentren en muy buen estado, a fin de que cuando lleguen al norte lleguen en estado de poder servir inmediatamente".

vea con qué dificultad se crearon los elementos de las marchas y cómo se distribuyeron hora por hora en las jornadas inmortales del desierto.

*Trabajos de Dávila
Larraín y de Gan-
darillas*

Nunca se hará suficientemente el debido elogio de la actividad desplegada por Dávila Larraín en la preparación de esta campaña; del celo cuidadoso que empleaba en la inversión de los caudales públicos; de su minuciosidad para

recibirse de todos los artículos que compraba, examinándolos de uno por uno. Y cuando se estudie esa labor no podrá prescindirse de hacer partícipe del mismo elogio al Ministro de la Guerra, don José Antonio Gandarillas. Uno y otro se ocupaban de cuanto necesitaba el ejército y la marina, y bajo su dirección se fabricaron piezas para las máquinas de los buques, granadas para los cañones de retrocarga del *Angamos* y del *Huáscar*, ropa de repuesto para soldados y oficiales, aparejos para las mulas, caramañolas, morrales, botas, etc.

Se dirá que toda empresa militar, cualquiera que sea, requiere esta preparación, porque el soldado antes que tal es hombre, y necesita alimento, agua, abrigo, municiones en su oportunidad. Pero siendo cierto no lo es menos que esta característica predomina sobre cualquiera otra en las campañas en desiertos y si a ello se agrega que las operaciones se realizaban a seis días de distancia de mar del centro de los recursos, que todo objeto necesitaba ser conducido en buques, bajado en orden, clasificado en playa, transportado en ferrocarril y después a lomo de mula, entonces la administración militar se complica en forma tal que pasa a ser el problema preferente entre las dificultades por vencer. Hecha esta digresión, que es un homenaje al esfuerzo de los encargados de este ramo del servicio en aquellos días, continuó con las operaciones militares.

Agua y víveres

Después de algunos reconocimientos del terreno, Sotomayor dispuso que se organizara un gran depósito de víveres

y de agua en Hospicio, en la estación del ferrocarril, donde empezaría el viaje de a pie para llegar a Locumba. Estanques con agua se colocaron a medio camino de esa sección, y en Locumba otro gran depósito de víveres, que fué trasladado después al valle de Sama. En el camino de la costa que he llamado de Ilo-Locumba, se arregló también un paradero con agua. La tercera vía Ite-Buenavista no se utilizó sino al final de la movilización, e Ite pasó a ser el punto de reserva de los víveres y de los equipajes, como lo había sido Ilo hasta entonces. En resumen, durante la marcha el depósito de provisiones estuvo primero en Ilo, después en Ite; hubo paraderos con agua en Hospicio, Sitana y un lugar sin nombre en el camino de la costa, y un gran depósito movable en Locumba que siguió al ejército a Sama. Así por escalas sucesivas de recursos y de previsión, la marcha se realizó sin grandes tropiezos.

Luego he de referir en detalle el glorioso viaje del ejército por el desierto. Por ahora me limitaré a decir que en sus grandes líneas la marcha se realizó

así: adelante la caballería con Vergara, abriendo paso a la infantería, despejándole el camino, ahuyentando un escuadrón peruano que podía atacarla en los malos pasos. Anti-

*Disposición general
de la marcha*

cipándome a la época diré que a fines de abril se incorporó al ejército expedicionario el escuadrón 1º de Carabineros de Yungay, mandado por el Comandante Bulnes, el que desde ese momento ocupó la vanguardia, siguiéndole la caballería de Vergara y después las divisiones de infantería, fraccionadas por regimientos, en la proporción de la existencia de agua en los depósitos del ca-

mino. La artillería de campaña hizo una entrada al desierto por Hospicio, pero tuvo que retroceder por haberse comprobado que no había medio de arrastrarla por los arenales y tomó otra vía, según después lo referiré. Esta fué la disposición general de la gran marcha que será siempre uno de los mayores timbres de honor para la República.

Desde que el ejército cortó su comunicación con el mar, Iquique fué estación intermediaria entre él y el Presidente, porque de allí había cable a Santiago y estaba Lynch que gozaba de toda la confianza de Sotomayor y del Gobierno. Sotomayor daba cuenta a aquel de todo lo que sucedía en una correspondencia preciosa, que es la última de este grande hombre, y Lynch la extrataba y la transmitía por telégrafo a Santiago. Estas informaciones mantenían al gobierno al corriente de los detalles de la marcha y de las necesidades que se presentaban. Esas cartas de Sotomayor son el espejo de sus últimas preocupaciones. Si el desalojar a los aliados de las posiciones de Tacna, o la irrupción heroica de los fuertes de Arica son páginas de indestructible honor, no es inferior esta admirable marcha, realizada en condiciones dignas del mayor elogio.

V

Detalle de la marcha en el desierto

Una operación de esta magnitud merece ser conocida en sus detalles. El 7 de abril salió a campaña la caballería en dos fracciones. El grueso de ella compuesto de los regimientos de Granaderos y Cazadores, iba a las órdenes de Vergara, y el segundo núcleo lo formaba el escuadrón de Carabineros de Yungay N° 2, dirigido por su jefe don Rafael Vargas. Vergara marchó de Moquegua a Locumba por el lugarejo de Jagüey, y Vargas de Ilo, por el camino de la costa, con dirección también a Locumba, para recorrer el valle desde su desembocadura en el mar hasta esa aldea y juntarse allí con Vergara. Mientras la caballería hacía este reconocimiento del territorio de vanguardia, iniciaba su marcha a Locumba la 1ª división de infantería, precedida por el Buin. Vergara marchando de Moquegua a Locumba caminaba de oriente a poniente y Vargas a la inversa, de modo que el movimiento de la caballería era convergente dentro del valle, para tomar en el centro a Albarracín, a quien, según las noticias últimas, se le suponía ahí. El plan de la marcha general fué convenido entre Baquedano y Velásquez (9).

Correrías de Vergara

Vergara llegó a Locumba sin haber encontrado a Albarracín. Otro tanto le sucedió a Vargas. Vergara con gran actividad fué entonces a buscarlo al nacimiento de la quebrada, en los breñales de la cordillera donde hay dos aldeas asidas de sus flancos que se llaman Mirave e Ilabaya, muy conocidas en la historia del Perú desde las campañas del General Miller. Salió de Locumba persuadido de encontrar a Albarracín en Mirave. Aquí se le dijo que estaba en Ilabaya y marchó a este lugar con una descubierta de 150 hombres, dejando el resto de su tropa en Mirave a cargo del comandante de Granaderos don Tomás Yávar. Las fuerzas de caballería mar-

(9) "Abril 13. Sotomayor a Pinto. El plan acordado entre Baquedano y Velásquez, al avanzar la 1ª división a Locumba, fué el siguiente: el grueso de la caballería, que estaba en Moquegua bajo la dirección de Vergara, se dirigirá por el camino de Jagüey. Vargas con su escuadrón tomará el camino de la costa, subiendo el Locumba para caer sobre Albarracín, la infantería y artillería directamente de Hospicio a Sitana y Locumba".

chaban llevando 50 mulas de carga con forraje, y en la noche salían del valle por temor de sorpresas y dormían con los caballos trabados para evitar espantos.

"Abril 12. Llevo, decía Vergara, 50 mulas de carga para conducir cebada y maíz y poder alojar en las alturas, dejando los valles para forrajear durante el día".

En Ilabaya tampoco encontró a Albarracín y hubo de regresar a Mirave a reunirse con el resto de su división. La excursión por la región cordillerana no fué del todo ineficaz porque privó al enemigo de algunos elementos que habría podido aprovechar, como ser mulas y caballos, aunque en pequeño número. Fué útil en otro sentido. Obligó a Albarracín a retirarse a Sama, dejando el camino expedito a la infantería la cual quedó libre de un ataque sorpresivo. Vergara se acampó en la hacienda de Oconchay, en el valle, y desde allí despachó a su ayudante, el Capitán Orrego Cortés a Ilo a proponer al Cuartel General la reunión de toda la caballería en sus manos y a pedir que se le permitiera desarrollar un plan de hostilidades sobre la línea de Tacna, por medio de incursiones rápidas sobre su retaguardia que le cortarían sus recursos exactamente como Pinto lo deseaba y lo había recomendado siempre. Orrego Cortés entregó la nota de su jefe al Cuartel General. En ella exploya Vergara la conveniencia de que la caballería obre en un cuerpo para que llene su objeto.

Misión de Orrego Cortés

"Abril 17. Vergara al Estado Mayor. Es preciso, decía, reunirla en un haz, en un solo y vigoroso cuerpo, hacerla obrar bajo una sola dirección, etc. Espero, pues, que US. mejor conocedor que nadie de esta materia, tomará en cuenta mis observaciones y dispondrá que se concentre bajo mis órdenes toda la fuerza de caballería que tengamos disponible y se la destine a destruir los recursos del enemigo y a amagar cada noche, si es posible, las mismas guardias de su principal ejército".

Sería en vano ocultarse que la misión de Orrego Cortés a Ilo era para solicitar el puesto de Comandante General de la caballería para Vergara, cargo que estaba vacante desde el ascenso de Baquedano a la jefatura del ejército, y además pedir autorización para amagar con toda ella reunida el valle de Tacna, alejándose tal vez treinta o cuarenta leguas chilenas del grueso del ejército, que a la fecha de esa nota permanecía todavía entre Moquegua e Ilo. A pesar de que el ayudante de Vergara, que tenía participación en aquella idea, hizo mucho esfuerzo con el Jefe del Estado Mayor, manifestándole sus ventajas, Velásquez se negó a complacerlo fundándose en razones de seguridad. Parece que aunque el oficio no hablaba sino de caballería, Orrego Cortés llevaba en cargo de pedir para la operación la artillería de montaña, al menos en parte. No vale la pena de apreciar una idea no realizada. Es posible que hubiera correspondido a los anhelos patrióticos de Vergara, pero el alejarse con esas armas más indispensables era privar al ejército de un elemento esencial de seguridad. Y en cuanto a la operación en sí misma debe tenerse presente para juzgarla que la caballería y la artillería de montaña exigían una segunda caballería de mulas cargadas, que no pueden salir de la marcha al paso, llevando los forrajes, o lo que es lo mismo, que la rapidez sorpresiva en que descansaba el proyecto, probablemente se habría frustrado.

"Abril 19. Hoy nos ocupamos de hacer venir más caballería, pues, comprendemos la importancia de esta arma en las futuras operaciones. Sin embargo, usted no debe pensar todavía en operaciones más allá de Tacna. El conocimiento perfecto de este valle (Sama), es lo importante. Cíñase Ud. a esto solamente; así nuestra marcha será segura y sin contratiempos".

Le agregaba que de Sama destacase una vanguardia a legua y media o dos leguas al sur para estudiar el terreno y concluía con estas palabras, que resumen el pensamiento del Cuartel General.

"Deseo no poner el pie sino en terreno conocido. Nada al acaso. Completa seguridad en todo".

Las correrías de Vergara en el valle de Locumba habían diezmado su tropa. Después de muy pocos días, más del diez por ciento del personal estaba atacado de tercianas.

Bulnes y los Carabineros de Yungay
Nº 1

Sotomayor, que todavía se empeñaba en dar a la caballería un papel preponderante, despachó a principios de abril el *Itata* a Iquique a pedir a Villagrán el cuerpo de esa arma que estuviese más listo para acudir al teatro de operaciones, y por esta circunstancia figuró en la campaña el escuadrón de Bulnes. Este cuerpo llegó a Sama el 25 de abril y permaneció en observación de Tacna hasta el día de la batalla.

No habíamos tenido ocasión de dirigir un recuerdo a los Carabineros de Yungay Nº 1 desde los tristes días del *Rímac*. Le había tocado la triste suerte de ser la víctima expiatoria de un sistema de imprevisión que hizo crisis a costa de él. Enviado al norte cuando se sabía que los buques del Perú cruzaban en frente de Antofagasta, fué llevado a Arica después de su captura donde quedó la tropa, y los oficiales mandados a cumplir el duro cautiverio a las serranías del Perú, al pueblo de Tarma, situado en la altiplanicie. Los soldados quedaron entre Arica y Tacna y una parte de ellos fué a Ite y Sama cuando ocupaba esos parajes la vanguardia de Cáceres y se les obligó inhumanamente a trabajar contra su Patria, labrando fosos y defensas en la playa, en previsión del desembarco de nuestro ejército por ahí. La captura del *Huáscar* proporcionó a los desgraciados prisioneros el canje con los sobrevivientes de este buque y el escuadrón volvió a Chile animado de un impaciente anhelo de acción, pidiendo en nombre de su desventura que se le concediese un puesto de peligro. Fué enviado a Caldera, donde se equipó de nuevo y de allí se le destinó a la línea del Loa, a la trastienda de la guerra, precisamente al punto más pasivo, a donde se enviaban los cuerpos de nueva formación, o aquellos cuyo vigor no inspiraba suficiente confianza. Parecía que el Gobierno se complacía en negarle el puesto que solicitaba. Un hado funesto perseguía a ese cuerpo. El Comandante Bulnes era sobrino del Presidente, del cual estaba separado por una honda disidencia personal, que duró lo que la vida de ambos. Por circunstancias que sería largo referir, en vez de marchar al Loa fué a Pisagua, y aquí se encontraba cuando llegó la petición de fuerzas de caballería hecha por Sotomayor a Villagrán, circunstancia que le permitió concurrir a la campaña de Tacna.

Vergara se va a Sama

Mientras Orrego Cortés desempeñaba su comisión en Ilo, Vergara salió de Locumba hacia el valle de Sama, siempre en busca de Albarracín que hasta entonces se había escapado.

do de caer en sus manos por la complicidad de los habitantes de los valles. Ahora estaba en Sama ocupado de levantar las milicias, armándolas con el sobrante de fusiles del ejército de Tacna.

El 18 por la mañana acampó Vergara en la llanura que limita por el norte el cauce del Sama. Allí formó con su tropa dos columnas: una de trescientos cincuenta soldados a cargo de Yávar y la otra de cien mandada por el jefe de los Cazadores a caballo. Dejó en el campamento las mulas cargadas de forraje a cargo de los enfermos, y envió una descubierta de 20 Cazadores a observar el pueblo de Buenavista que dibujaba su caserío blanquecino en el fondo verde del valle. Luego pudo observar que Albarracín tenía una fuerza de caballería desplegada en la pared sur de la quebrada, y una avanzada también de caballería distribuida en guerrillas cerca del pueblo apoyando una sección de infantes y gendarmes en número ésta de 15⁶ a 200. Vergara se propuso flanquearlas y tomarles la retaguardia, pero, al primer encuentro con los que marchaban adelante, Albarracín se puso en fuga, dispersándose en la dilatada llanura perseguido por la descubierta de caballería que le mató cuatro hombres y le tomó cuatro prisioneros. El resto de la columna se precipitó sobre los infantes que defendían el pueblo de Buenavista. Los peruanos se hallaban ocultos en los pajonales del cauce y en la espesura de los matorrales.

Algunos Cazadores echaron pie a tierra y se batieron como infantes, otros al arma blanca, de a caballo. El resultado fué la destrucción completa del cuerpo regional que había organizado Albarracín y la fuga de éste perseguido por los Cazadores hasta dos leguas de Tacna. De Sama pasó Vergara con la caballería a situarse en la desembocadura del valle de Locumba, en las goteras de Ite, y permaneció en ese lugar hasta que acompañó al ejército, en la segunda quincena de mayo, en su movimiento general hacia las Yaras (10).

Algunos días después de este combate, Sotomayor nombró a Vergara Comandante General de Caballería. El despacho lo extendió él:

"Abril 27. No he querido que lo haga Baquedano, escribía a Gandarillas, porque podría sentirse herido alguno de los jefes de esa arma".

- (10) Don Máximo R. Lira hacía a Lillo esta relación del combate de Buenavista: "Abril 23. El día citado (el 18) nuestro amigo Vergara, que salió de Moquegua días antes con los Cazadores y los Granaderos y a quienes se les reunieron poco después los Carabineros de Vargas, se encontró con las fuerzas peruanas que habían abandonado el valle de Locumba y estaban parapetadas en Buenavista. Nuestra caballería un poco diezmada por la terciana apenas llegaba a 500 hombres. Los enemigos eran menos, pero ocupaban buenas posiciones; tenían 100 hombres de caballería y 180 de infantería. La última se guareció en unos pajonales y entre árboles para inutilizar la acción de nuestros jinetes. Vergara resolvió atacarlos. Vargas recibió el encargo de flanquear al enemigo y cortarle la retaguardia. Se desmontaron algunos hombres, no sé cuantos, para cargar a la infantería; el resto atacó a la caballería. El resultado fué que en muy poco tiempo el enemigo estuvo completamente deshecho. Dejó en el campo como 150 muertos y tal vez más y 38 prisioneros, entre ellos dos oficiales de Estado Mayor, muchas armas, diez cajones de municiones, 100 bueyes, 150 mulas, etc. Albarracín escapó con 30 hombres y fué perseguido hasta dos leguas de Tacna. Por nuestra parte las pérdidas se redujeron a dos cabos de Cazadores y un soldado de Carabineros muertos. No tuvimos heridos. La sableadura ha sido hermosa: peor que la de Germania".

Esa insinuación se refiere a Bulnes que era a quien correspondía el cargo por su graduación. El nombramiento de Vergara se hizo cuando Bulnes acababa de ingresar con su cuerpo al ejército expedicionario.

*Bulnes delante de
Tacna*

Bulnes aceptó la situación que se le creaba por encontrarse al frente del enemigo, y de Ite marchó a Sama con su escuadrón, con instrucciones de reconocer las posiciones contrarias y el terreno intermedio, y en caso de ser atacado retirarse a Locumba. Así quedó un mes entero a muy corta distancia del campamento de los aliados, obligado cada noche a cambiar de sitio para evitar una sorpresa. Por los paisanos tomados en las exploraciones de avanzada tuvo noticias exactas de la situación del ejército de Tacna, que comunicó al General en Jefe. Deseando tener informaciones más completas de las posiciones de los aliados, hizo en la primera quincena de mayo un reconocimiento hasta los alrededores de Tacna, y en otra ocasión sorprendió un piquete de caballería enviado en observación de él y lo persiguió hasta muy cerca de sus líneas. En su comisión modesta, pero riesgosa, ese escuadrón desempeñó durante un mes el papel de ojo y oído del Cuartel General.

Mientras tanto marchaba a reunírsele el resto del ejército.